

La calle
Diario de un espectador
El brindis
por miguel ángel granados chapa

para el martes 29 de abril de 2008

El brindis cuenta una historia sencilla, de modo tan sencillo que de la sencillez pasa a la simplonería. La banalidad de los diálogos entre los personajes donde debieran condensarse las tensiones del relato, la confianza desmedida en que la belleza y la sonrisa de Ana Serradilla serán más elocuentes que los parlamentos en que participa, hace que en grandes tramos la cinta más parezca un documental turístico (pagado por la industria vitivinícola chilena) o un manual de instrucciones para pasar de ser goy (gentil, no judío) a miembro de una comunidad hebrea en cualquier país, Chile en este caso.

Comenzamos sabiendo que Emilia, fotógrafa, padece una sensación de abandono. Su estúpido novio olvidó que se había comprometido a llevarla a al aeropuerto, en el comienzo de un viaje que la inquieta mucho. Cuando desde Valparaíso intentan comunicarse (con más esfuerzo de ella que de él) aquella sensación crece en Emilia.

Y eso que viaja a Chile a remediar esa desazón vital que la acompaña desde siempre. Su madre, mexicana, no judía, regresó a su país con Emilia niña en circunstancias no aclaradas y apenas mal sugeridas en el relato. Se unió sin casarse con el viudo Isidoro, acaso porque no accedió a convertirse a la fe de Moisés. Y luego, ya en México, murió dejando a Emilia en plena soledad. Aunque su padre llegó al funeral, no parece haberse establecido comunicación entre padre e hija, que no respondió a las cartas que él remitió constantemente.

Un inexplicable cambio de actitud se produjo cuando el viejo se dispone a celebrar un segundo barmitzvá. Todos los niños judíos se glorian de esa ceremonia que los convierte en adultos tempranamente, a los trece años. Algunas personas de edad, como Isidoro, quizá porque sienten próxima la muerte, se festejan a sí mismos setenta años después. Avisa del acontecimiento a su hija, "la rancherita" como la llamará de buen modo su hermano Rubén, que acepta viajar al festejo y se apersona unos días antes.

Primero conoce a la familia, que vive no en la capital sino en el puerto de Valparaíso. Hay en ella toda clase de actitudes, desde la simpatía que une a Emilia y Nicole, su prima, hasta el rechazo del más rígido del clan, Carlos, que es presidente de la no muy densa comunidad judía en la segunda ciudad chilena. Carlos, por cierto, anda ensimismado por la preocupación que le causa el que David, el joven rabino querido por todos manifieste su gana de volver a Santiago, de donde vino. Carlos no lo sabe pero en realidad el rabino quiere abandonarlo todo, su familia, su oficio, sus responsabilidades. En eso llega Emilia, con quien se entabla una relación que un mejor cineasta que Shai Agosin hubiera logrado que fuera misteriosa, poética y en este caso es meramente banal. En un enamoramiento a primera vista, al que ambos oponen sólo débil resistencia, terminarán dos o tres días después de conocidos haciendo el amor en la rebotica de Isidoro.

Isidoro es presentado con la falsedad de un estereotipo. El inmigrante del centro de Europa que en Chile amasó una fortuna porque no hizo más que trabajar como un burro, sin tiempo siquiera para hablar el idioma que ha sido su medio de comunicación por décadas. Su encuentro con Emilia no alcanza a tener la ternura de la reconciliación, ni siquiera cuando en la fiesta él dedica parte de su trivial discurso a agradecerle que viajara a estar con él en ese momento tan feliz de su vida, que terminará no mucho tiempo después.

Salvo porque su papel fue diseñado en tono caricatural, brillaría el experimentado actor argentino Pepe Soriano (a quien recordamos como doble de Francisco Franco en una vieja película española). Ana Serradilla pone su hermosura más que su actuación al servicio de esta ópera prima que no entrará en los anales del cine mundial.